

Los indígenas y el EZLN

José Woldenberg

Los indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista

Microhistorias políticas

Marco Estrada Saavedra
Juan Pedro Viqueira
Coordinadores



EL COLEGIO DE MÉXICO

Alejado de los estereotipos, distante de las visiones mistificadoras, *Los indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista* nos ofrece varios acercamientos narrativos —y profusamente documentados— a las historias de distintas comunidades que en su momento o hasta la fecha fueron o son parte de las bases de apoyo del EZLN.

Los textos se encuentran a años luz de dos pulsiones muy arraigadas que consisten en depositar en “los otros” una serie de atributos que los colocan por encima o por debajo del género humano. Porque tanto los que sitúan en los indígenas una serie de valores positivos (entereza, valor, lealtad, etcétera), como quienes realizan la operación contraria, endilgándoles una batería de valores negativos (pereza, resignación, doblez, etcétera), que supuestamente les serían inmanentes, connaturales, realizan —a querer o no— una operación discriminatoria, que acaba colocando a esos “otros” no como un subgrupo de la humanidad,

sino como una categoría ajena y diferente a la misma.

Por el contrario, los relatos que conforman el volumen dan cuenta de unas comunidades modeladas en la adversidad, con sus reivindicaciones y luchas, sus formas de organización y sus tensiones internas, sus contactos con las Iglesias, los activistas de izquierda, los promotores del EZLN, que van forjando una historia rica en experiencias y como toda historia verdadera cruzada por una trama compleja que sólo desde el maniqueísmo puede ser evadida. Quizás ése sea el mérito mayor de los trabajos que contiene el libro.

El otro gran valor sería el de haber optado por la forma de relato. Se trata de narraciones que avanzan cronológicamente, develándonos paso a paso las vicisitudes y las opciones que las diversas comunidades enfrentaron. Esos relatos descriptivos resultan más elocuentes y expresivos que decenas de ensayos de interpretación que suelen anteponer los prejuicios del analista a la “realidad”. En las llamadas ciencias sociales, las minuciosas descripciones y las historias bien contadas, en muchas ocasiones suelen arrojar más luz que los densos y abstrusos ensayos.

En este caso nos permiten asomarnos a complejas historias de lucha por la tierra, migraciones obligadas, litigios político-administrativos que se desarrollan en el laberíntico mundo de las instituciones estatales, conflictos entre comunidades, formas de organización diversas, vínculos con agrupaciones nacionales de diverso tipo, influencias y nexos políticos con las Iglesias y con la organización armada. Y también la forma en que distintas comunidades participaron o no en el levantamiento, la evolución de las relaciones entre el EZLN y sus bases indígenas, las políticas trazadas por el Estado y

el estado, hasta configurar una constelación de relaciones y tensiones que marcan hoy la vida y la política de los indígenas de esa región de Chiapas.

Sean los casos de La Garrucha, Buena Vista Pachán, El Limar, Nuevo Francisco León, Santa Catarina Huitipán o San Andrés Larráinzar, el arranque invariablemente es el de la lucha por la tierra. Y en esa primera dimensión es fácil detectar una constante: no sólo la lentitud en la reacción de las autoridades que inyectan una buena dosis de desesperanza en las comunidades peticionarias (varias décadas para lograr que las dotaciones se hicieran realidad), sino repartos torpes, duplicados, que generan conflictos entre las propias comunidades. Así, la Secretaría de la Reforma Agraria no sólo no ofreció un conducto expedito para atender las exigencias de tierra, sino que en ocasiones, dados sus propios deslindes y resoluciones generó tensiones agudas (los casos de conflicto entre garrucheños y los integrantes del ejido vecino —Patihuitz— o el de los chamulas contra los zoques son expresión nítida de descuido e irresponsabilidad). (Este último está pormenorizadamente narrado en el texto de Marina Alonso).

Las pugnas entre propietarios privados y ejidatarios —con largos intervalos de una calma chicha—, sumadas a las oleadas de colonización que incrementan la presión sobre un bien escaso: la tierra. En ese marco, no fue extraño que el más fuerte —con o sin la complicidad de las autoridades— saliera victorioso. Invasiones, enfrentamientos, dotaciones de tierras son recurrentes mucho antes de que el EZLN se instalara en aquella región.

Las comunidades exploran muy diferentes vías de acción para alcanzar sus objetivos: la organización agraria que trabaja a la luz pública y explota las posibilidades le-

gales e institucionales (la ARIC UU, la CIOAC, por ejemplo); la adscripción religiosa que ofrece un sentido de pertenencia, cohesión al grupo y lo dota de un discurso que le brinda origen y horizonte; las relaciones con los diversos partidos políticos con los que establecen fórmulas de intercambio; y por supuesto la organización armada que propone hacer justicia por propia mano y postula una transformación radical del estado de cosas existentes.

No en todo momento aparecen como fórmulas antagónicas, sino que en algunos casos grupos y comunidades las exploran de manera simultánea. Pero por supuesto tampoco pueden ser compatibles a lo largo del tiempo. Y esa imposibilidad es la que obliga a tomas de partido que escinden a las propias comunidades.

En particular la forma de organización militar supone necesariamente una rígida estructura jerárquica y una disciplina de la que me hubiera gustado saber más. Y por supuesto también de la forma en que ha impactado en las comunidades. En distintos relatos hay esbozos de eso: cuando se habla del protagonismo de los jóvenes o de su entrecruzamiento con las fórmulas de gobierno (sean las tradicionales o las de los municipios autónomos), pero por tratarse del toque distintivo del EZLN era necesario (creo) encontrar un mayor desarrollo. Quizá sea en el texto sobre las “raíces del zapatismo en Huitiupán”, donde Sonia Toledo recoge algunos testimonios en ese sentido, donde mejor se retrata esa necesidad de disciplina que lleva a prohibiciones de distinto tipo (desde la droga y el alcohol hasta no hablar por razones de seguridad), y que genera violaciones a esas normas y sus respectivos castigos, hasta llegar a los asesinatos por supuestas o reales traiciones y su cauda de venganza. Se trata —dice la autora— de “los peligros de la creación de comunidades cerradas y autoritarias”.

En las “consideraciones finales” se apunta también que “el aparato político-militar insurgente fue erigiendo mecanismos de integración, vigilancia y control en el conjunto del movimiento”, lo que implica “supervisar las lealtades hacia los rebeldes para evitar fugas de información” y mecanismos disciplinarios para la integración y la exclusión. Pero (me) resulta inquietante

saber lo que ello significa en el día a día de las comunidades.

La violencia, por otro lado, es una sombra que acompaña a todas las historias. Hay a cada momento pasajes dramáticos. La entrada del Ejército a La Garrucha en 1995 que obliga a hombres y mujeres, niños y ancianos a exiliarse en la montaña y posteriormente la tensa convivencia de la comunidad y el cuartel militar con su cauda de hostigamiento permanente (recreado en el relato de Hadlynn Cuadriello y Rodrigo Megchún); o agresiones como la que sufrió la comunidad Viejo Velasco Suárez, perteneciente al municipio autónomo Vicente Guerrero en 2006, por parte de doscientos comuneros choles y lacandones y que dejó como saldo rojo siete muertos.

Pero también se encuentran recreados episodios del pasado que ilustran con dramatismo cómo el expediente de la violencia tiene profundas raíces en la región: como el de 1974 cuando varios cientos de indígenas de San Andrés Larráinzar invadieron varios ranchos y al grito de “no queremos ver gente mestiza” golpearon brutalmente a quienes se encontraban en ellos. “Se suscitó una balacera en la que perecieron un indígena, el dueño de un rancho y uno de sus hijos”. Dicen los autores: “Tras el enfrentamiento armado, los invasores saquearon la casa y violaron a la sirvienta”. En contraposición, cuentan, que en la década de los sesenta, “los días de mercado, algunos jóvenes mestizos esperaban que los indígenas que habían acudido de los parajes se emborracharan para salir a violar a sus mujeres e hijas”.

Si comunidades como la de La Garrucha se ha mantenido cohesionada en torno al EZLN, hay otras experiencias como las de Buena Vista Pachán, en Las Margaritas, donde el zapatismo se ha escindido. Cansados de marchas, mítines, bloqueos, de explorar los tortuosos caminos institucionales, los integrantes del ejido se incorporan a la opción armada. El ingreso —dicen los autores— fue “corporativo, aunque a nadie se obligó a afiliarse a los rebeldes”. Sin embargo, se incorporan los católicos y no los miembros de otras confesiones (resulta interesante la historia de los tojolabales evangélicos, la de su organización y las de sus alianzas políticas). Tres años después, aproxi-

madamente la mitad de quienes habían optado por el EZLN abandonan la organización. Marco Estrada lo atribuye a “los patrullajes hostiles constantes del ejército”, a “la política del gobierno federal de regularización de predios invadidos y a la amplia derrama de recursos públicos en forma de inversiones en caminos, infraestructura comunitaria, programas sociales y apoyo agropecuario”. Y por supuesto que esas rupturas dejan alguna cauda de recelos y tensiones, lo que lo lleva a titular a uno de sus subcapítulos “los pequeños infiernos locales”.

En particular en ese relato aflora con toda su fuerza la importancia y el impacto de las políticas que se despliegan. Así, mientras la CIOAC explora frente al gobierno la posibilidad de regularizar las tierras tomadas, mediante alguna fórmula de compra-venta; el EZLN postula que no quiere nada con el gobierno, lo que lleva a la autoexclusión de sus seguidores del proceso de legalización de sus tierras. Ello desemboca en una mayor polarización y en acusaciones mutuas, lo cual afecta el clima de la convivencia en la propia comunidad.

Hay también ejemplos de aprovechamiento pragmático del alzamiento zapatista. Según Marina Alonso Bolaños, los zozques del ejido Nuevo Francisco León, una vez que se inició el proceso de negociación se declararon simpatizantes del EZLN. Esperaban con ello resolver su conflicto de tierras. Pero ya en el año 2000 muchos integrantes del ejido participaron activamente en la campaña a gobernador de Pablo Salazar, postulado por una amplia coalición encabezada por el PRD. Pero, al parecer, por esa vía también sus expectativas fueron defraudadas.

Cuando uno lee a José Luis Escalona Victoria, que analiza el comportamiento de dos comunidades tojolabales en Las Margaritas (Veracruz y Saltillo), que guardaron distancia al EZLN, no puede más que reafirmar que en la historia no existen determinismos. Que las reacciones de los individuos y los grupos son modeladas por sus particulares historias que forjan organizaciones, ideologías, relaciones, peculiares. Así, “el zapatismo era sólo una de tantas opciones de organización” para ellos, que a lo largo de las décadas habían sufrido transformaciones que el relato destaca: des-

de el mobiliario hasta la alfabetización, la primaria completa y la telesecundaria. Nada más alejado entonces de esa idealización que quiere ver a las comunidades indígenas petrificadas en sí mismas.

El caso de El Limar resulta elocuente para observar cómo las identidades políticas cambian según las coyunturas y las apuestas políticas. Dos comunidades colindantes en pugna dan paso a que unos, los del “barrio” El Coloquil, pasen de ser “guardias blancas” a zapatistas (ya que se cobijaron en esa denominación para invadir varios ranchos que estaban en litigio), y finalmente se declaren “apolíticos”. Mientras, los originalmente perredistas de El Limar acaban construyendo, con el apoyo del gobierno local, la agrupación “paramilitar” Paz y Justicia. Se trata de estrategias ligadas a la lucha por la tierra, que en este caso particular benefició a los coloquileños que amparados en el alzamiento zapatista lograron hacerse de unos ranchos en litigio. Estas “afiliaciones políticas cambiantes” tienen que ver, como afirma Alejandro Agudo, con “la experiencia histórica previa (pero también), con el sentido de oportunidad”.

En ese relato aparece también con nitidez la política de armar a aquellos que no comparten la política zapatista que sólo alimenta una espiral no sólo de desencuentros sino de enfrentamientos. Esa otra cara reclama y merece también ser desarrollada.

El libro da cuenta también de la “sorprendente” historia política del municipio de San Andrés Larráinzar, célebre por haber sido la sede de las negociaciones entre el gobierno y el EZLN. Pero doblemente célebre, porque como narran Eufemio Aguilar, Martín Díaz y Juan Pedro Viqueira, a pesar de ser una comunidad dividida casi por mitades entre zapatistas y “priistas” han logrado convivir sin violencia, gracias a la edificación de una estructura dual de gobierno y a la existencia de dos Iglesias, ambas católicas, pero una liberacionista y otra tradicional.

(Me) llama la atención la forma en que los diversos grupos indígenas de Larráinzar se han asociado con partidos políticos nacionales para hacer avanzar sus respectivas posiciones. Se trata de algo mucho más profundo que la utilización por parte de fuerzas “externas” de los alineamientos en Larráinzar. Más bien, los indígenas se apropian de una fórmula (casi) universal de disputa por los cargos de gobierno, para prosperar en una lucha sorda y sostenida que se mantiene en la propia comunidad. Y llama también la atención que a los grupos en pugna les resulta más sencillo reconocer a sus adversarios que a los independientes —aquellas personas que no quieren alinearse—, porque sin duda suponen el germen de un pluralismo que no sabrían cómo procesar. Mejor —parecerían decir— dos bloques bien definidos y delimitados que pueden pactar entre ellos, a un tejido social fluido e inasible.

Y me gusta en especial de ese capítulo, el homenaje que los autores hacen a los actores —alguno con nombre y apellidos— que forjaron el entendimiento básico para no desatar la violencia en la comunidad, y que lograron mantener “la paz social, un bien frágil que debe defenderse día a día”.

Más allá de la política, se viven además fenómenos migratorios no sólo hacia otros puntos del territorio nacional sino también rumbo a Estados Unidos. Hay algunos trazos del impacto de esa expansión de las fronteras físicas e intelectuales, pero de seguirse incrementando seguramente influirán en el imaginario y en la organización de las propias comunidades. Esos jóvenes que emprenden largos y difíciles recorridos serán portadores de nuevas concepciones y valores.

Y la emergencia de las mujeres como sujetos de derechos daría por sí misma lugar a otro libro. En el que ahora presentamos hay suficientes testimonios de una revaloración del rol de las mujeres y del incremento de su participación en la vida pública.

Hay pues en todas las historias narradas un marco general que tiende a hacerlas

similares, pero al mismo tiempo, toda historia es singular, y gracias a la explotación de esa premisa el libro se convierte en un caleidoscopio de situaciones y experiencias que trascienden el embelesamiento o la diatriba, para adentrarse en los siempre difíciles terrenos de la comprensión.

Desde esa perspectiva, las comunidades aparecen como espacios vivos, cambiantes, contradictorios, capaces de optar por diversas formas de organización, generar liderazgos, tejer relaciones con el exterior. Y en ese sentido, como afirma Marco Estrada, “sus comportamientos individuales y colectivos están gobernados por el interés básico de salir del circuito de exclusión social en el que lamentablemente se encuentran, por lo que aprovechan múltiples recursos materiales para lograr materializar de alguna forma y por algún tiempo sus aspiraciones de reconocimiento social, mejoramiento de sus condiciones de vida e integración al resto de la sociedad nacional”. En ese sentido, dice: “el EZLN y sus líderes locales y regionales han sido más agentes del cambio social que de la conservación de los usos y costumbres indígenas”.

No obstante, las deserciones recurrentes, el aislamiento (o autoaislamiento) del EZLN, las políticas de colectivización agraria al parecer rechazadas, la búsqueda de objetivos similares por otras vías (las de las asociaciones agrarias o partidistas), la negativa a explorar y explotar los cauces institucionales para resolver algunos problemas por parte del zapatismo, y las derivaciones perversas que cualquier forma de organización militar acarrea abren muchas interrogantes sobre el futuro del EZLN.

¿Y el porvenir de las comunidades? Recuerdo solamente que el libro es de historia y no contiene una bola de cristal. ■

Marco Estrada Saavedra y Juan Pedro Viqueira (coordinadores), *Los indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista. Microhistorias políticas*, El Colegio de México, México, 2010, 458 pp.

Este libro nos ofrece varios acercamientos a las historias de distintas comunidades que fueron o son parte de las bases de apoyo del EZLN.